

Voces latinoamericanas en el dialogo internacional e intercultural de las ideas filosóficas

Raúl Fornet-Betancourt

Desde hace ya décadas venimos escuchando cada vez con más frecuencia el discurso sobre la globalización del mundo y el supuesto acercamiento vecinal de la humanidad que dicho proceso de globalización estaría produciendo. Y ciertamente hay muchos procesos económicos, políticos, financieros e incluso culturales y académicos que parecen respaldar tal discurso.

Sin discutir aquí el alcance real de tal diagnóstico, lo dejaremos como cuestión abierta pero señalando, por otra parte, que resulta innegable que desde sus inicios más remotos, es decir, desde antes de que se hablara de ello con el término *globalización*, dicho proceso va acompañado de un desequilibrio creciente. Puede ser que vivamos en tiempos de un mundo y de una humanidad globalizados, pero marcados a la vez por un desequilibrio que se agudiza con las nuevas prácticas y estrategias de la civilización hegemónica.

En el marco de esta situación ya presentada y proféticamente denunciada por José Martí cuando a finales del siglo XIX hablaba no de la necesidad de globalizar sino precisamente de equilibrar el mundo, comprendimos la urgente actualidad de la propuesta martiana y lo acertado de promoverla como la mejor manera de contrarrestar todo intento imperial de homogeneizar el mundo y la humanidad bajo el pretexto de globalizarlos. Y entendiendo además que en esa tarea de equilibrar el mundo en su diversidad, un campo de trabajo fundamental es lo que podríamos llamar el equilibrio espiritual de las visiones del mundo y de sus correspondientes formas de habitarlo, nos propusimos contribuir al fomento de ese equilibrio necesario para que la humanidad pueda mostrarse en todo el esplendor de su profunda diversidad, creando canales que fortalezcan la comunicación; en este caso en particular entre la diversidad filosófica de América Latina y otras regiones del mundo.

Este propósito se concretó en cuatro iniciativas que hasta el día de hoy siguen su curso en el cumplimiento de su finalidad y que me permito describir brevemente en razón del aporte que realizan al diálogo de las ideas filosóficas de América Latina con interlocutores de África, Asia y Europa.

En primer lugar quiero referirme a la iniciativa más antigua: la fundación en 1982 de *Concordia. Revista Internacional de Filosofía*, en colaboración con el amigo Alfredo Gómez Muller. Tal empresa se entendió siempre, como se dice en la presentación del

primer número, como un instrumento para fomentar la comunicación filosófica entre América Latina y la comunidad internacional. En este sentido la revista ha significado y significa una plataforma para la transmisión y difusión de las ideas de pensadores del continente a nivel mundial. Así, en sus páginas han circulado por todos los continentes textos y entrevistas, entre otros, de Agustín Basave del Valle, Leonardo Boff, Mario Bunge, Horacio Cerutti, Enrique Dussel, Pablo Guadarrama, Franz Josef Hinkelammert, Dina Picotti, Arturo Andrés Roig, Ernesto Sábató, Juan Carlos Scannone, Alejandro Serrano, Luis Villoro, Alberto Wagner de Reyna y Leopoldo Zea. Es de destacar igualmente la publicación de números monográficos sobre el estado actual de la filosofía en Colombia, Chile y Perú.

La segunda iniciativa, vinculada orgánicamente a la primera, es la fundación en 1984 de la *Serie Monografías de Concordia*, en la que se publican, entre otros textos, traducciones de libros sobre pensamiento filosófico latinoamericano con la finalidad de fortalecer la base de fuentes disponibles para el estudio y diálogo mutuo. Cabe destacar en este sentido las traducciones de obras de Leopoldo Zea y de Ignacio Ellacuría, así como las publicaciones de un libro coordinado por Hugo Biagini sobre Arturo Ardao y Arturo A. Roig, y de otro coordinado por Dina Picotti sobre cultura latinoamericana desde un planteo intercultural.

La tercera iniciativa se remonta a las Jornadas Germano-Ibero-americanas de Ética, celebradas en Buenos Aires en 1985 bajo el auspicio de la Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano con la participación por la parte latinoamericana de Yamandú Acosta, Hugo Biagini, Celina Ana Lértora, Mauricio Langón etc., y en cuyo marco surgió la idea, con los colegas alemanes, de ampliar este intercambio y continuarlo en el sentido de un diálogo más amplio. De ahí emerge, pues, esta tercera iniciativa que con el nombre de Programa de Diálogo Norte-Sur comienza explícitamente con un primer seminario internacional celebrado en 1989. Desde entonces hasta la fecha se han celebrado diecisiete encuentros en los cuales muchos filósofos y filosofas latinoamericanos han podido presentar y debatir sus ideas en un foro internacional. Para citar aquí solo nombres de la generación más joven menciono como ejemplo a Magali Mendes de Menezes, Carlos María Pagano, Ricardo Salas, Pablo Mella, Héctor Samour, José Santos y Antonio Sidekum.

En una línea más sistemática hay que subrayar la importancia de este foro para situar las voces latinoamericanas en un debate amplio y directo con otras voces del "Sur", especialmente de África. De modo que ideas losócas latinoamericanas se ofrecen en este marco como fermento de un diálogo directo "Sur-Sur"; debiendo notarse que

parte de esa función de fermento está justamente en difundir la comprensión de que el "Sur" no es una categoría geográfica sino que más bien indica la situación y posición social y cultural en el mundo globalizado de una civilización neoliberal; es decir que "Sur" significa un posicionamiento ético y político, excéntrico en relación con el sistema hegemónico.

Por último, la cuarta iniciativa a la que me refiero es el Congreso Internacional de Filosofía Intercultural que desde 1995 hasta la fecha se ha celebrado en once ocasiones. Vista en relación con los seminarios internacionales del Programa de Diálogo Norte-Sur, esta cuarta iniciativa representa un canal que complementa la presencia de voces latinoamericanas en el debate internacional, ya que por su acento específico, la comunicación intercultural se lleva a cabo en el mismo orden de prioridad que la promoción del conocimiento internacional de las voces menos consideradas o reconocidas de la plural alteridad del continente, como son las de pensadores indígenas o afroamericanos. Así, por ejemplo, estos congresos han sido y son un foro importante para proponer como cuestión central de la filosofía política contemporánea el tema del "Bien Vivir" que las culturas andinas han desarrollado y ofrecen como fuente para una crítica radical al concepto hegemónico de desarrollo y, con ello, también como paradigma alternativo para otras formas de habitar la tierra y de equilibrar el mundo. Pero igualmente cabe resaltar el aporte latinoamericano que se hace en estos congresos, precisamente desde el trasfondo de las alteridades amerindias y afroamericanas, a la tarea de transformación intercultural de los métodos y de las instituciones de los estudios filosóficos y de la academia en general, siendo de justicia apuntar en el contexto de este aporte la labor que realizan los equipos de la Asociación de Filosofía y Teología Interculturales, coordinada desde Porto Alegre, Brasil, por Magali Mendes de Menezes y Neusa Vaz y Silva, y de la Red Intercultural Centroamericana, coordinada desde Heredia, Costa Rica, por Mario Méndez. Y sin olvidar, para ilustrar con un tercer momento el quehacer latinoamericano en esta iniciativa intercontinental, el fuerte cuestionamiento del debate epistemológico actual que se ha hecho en estos foros partiendo también de las tradiciones alternativas de conocimiento que transmiten las culturas amerindias y afroamericanas. Por otra parte, estos ejemplos ponen de relieve que las voces de nuestro continente que concurren a este proceso de diálogo intercultural lo hacen de una manera creadora en la que conjugan la escucha del otro con la comunicación de propuestas innovadoras que contribuyan al equilibrio real del mundo y de la humanidad.

Las iniciativas reseñadas, consideradas desde una perspectiva más general, representan un tejido de comunicación e interacción en el que las voces

latinoamericanas, al contrastar sus puntos de vista y la historia propia que está detrás de los mismos con otras voces y otras historias, se adentran en un proceso de ensanchamiento del pensar en el que se aprende a vislumbrar que la superación de los hábitos coloniales heredados es realmente posible y que, por tanto, mediante la fundación de comunidades intelectuales preocupadas por el equilibrio espiritual de la humanidad en su rica diversidad puede abrirse camino para una universalidad de nuevo signo; una universalidad abierta y acogedora, solidaria, que no le cierra a ninguna alteridad el camino de la historia sino que, por el contrario, le ayuda a encontrarlo y a compartirlo para que pueda realizarse, siguiendo el principio martiano para una convivencia del equilibrio justo “con todos y para el bien de todos”.

Sin embargo, el proceso de aprendizaje a través de la interacción con las memorias históricas del otro conlleva para todo pensamiento un desafío de discernimiento de aquello que le sirve de orientación; un reto que no podemos discutir en los límites de estas breves consideraciones, pero que nos parece conveniente apuntar porque es decisivo para el sentido liberador del diálogo de las ideas filosóficas a nivel internacional e intercultural en el futuro. Me refiero a lo siguiente: no podemos ignorar el hecho de que por la influencia que sufrimos por parte de una constelación epistemológica hegemónica que presiona para que los procesos del pensar y su comunicación se aceleren —pues lo importante para dicha constelación es que el pensar “esté al día”, a la altura de la última moda—, solemos aceptar con frecuencia que dicho pensar debe seguir el norte que le marca esa dinámica del “espíritu de su tiempo”, para resumirlo con este concepto hegeliano. Pero si hablamos de un pensamiento que piensa y se comunica con y desde la herencia de la historia de las ideas que lo sostiene y alimenta como tal, creo que hay que resistir la presión de la aceleración y de la actualización para replantear la pregunta de la orientación del pensar hoy, ya que precisamente un pensar histórico más que actualidad lo que necesita es memoria. Para su orientación de fondo, por tanto, y sobre todo de cara a la densidad e intensidad de su comunicación con el otro y su historia, la pregunta relevante no es la de si está o no “al día” de los saberes que globaliza la civilización hegemónica, sino, más bien, la inquietante pregunta de si está en sintonía con las memorias que lo sostienen y muy especialmente con los indicadores de esperanza y liberación que laten en ellas.